

LECTURA EN TRES TIEMPOS

Aunque su obra ha sido ampliamente estudiada y difundida, incluso en sus aspectos más particulares, y a pesar de la gran influencia personal y literaria que ha ejercido en las nuevas promociones poéticas, cuando en 1977 se le concede el Premio Nobel de Literatura, Vicente Aleixandre no es un escritor de dominio público para el lector medio interesado en la poesía española. Más de una reacción de perplejidad hubo entonces. No era, desde luego, un escritor popular en la medida en que lo eran otros escritores de habla hispana que habían merecido el mismo prestigioso premio: pienso en Pablo Neruda, pienso en Juan Ramón Jiménez, pienso en Gabriela Mistral... Las razones de esta circunstancia quizá haya que buscarlas en el singularísimo carácter de la poesía de Vicente Aleixandre, y en la muy específica relación que exige se produzca entre el lector y su mundo poético, cosa que no era tan señalada en los poetas más arriba citados. En éstos, la poesía tenía un sentido de plena comunicación de emociones, ayudada de un cierto grado de lirismo, o de una arrebatada fuerza épica (es el caso de Neruda), de más fácil e inmediata asimilación por parte de un lector medio. Vicente Aleixandre, sin embargo, impone a su obra una rigurosa tensión expresiva, una muy precisa unidad, que corresponde a una mayor concentración temática, a una más depurada exigencia en la visión y en la imagen poéticas. Su poesía trasciende la *comunicación de una experiencia* y se convierte ella misma en experiencia: descubrimiento progresivo del mundo y relación original entre ese mundo y el hombre. Como señala Carlos Bousoño, sin duda el más cualificado de sus exégetas, la base común de la poesía de Aleixandre no es una idea,

sino un sentimiento, una impresión metafísica, un impulso de carácter primario frente al cosmos: la solidaridad amorosa del poeta, del hombre, con todo lo creado.

Esa plenitud amorosa que existe también en, por ejemplo, Neruda, tiene en Aleixandre un aliento peculiar al hacerse mucho más compleja la síntesis poética que expresa ese amor y esa totalidad cósmica. Complejidad que ha impedido, sin duda, una mayor y merecida difusión de su obra, que, sin embargo, muestra, en esa difícil organización interior, su más significada riqueza. Organización interior porque el poeta abandona las superficies de la experiencia, y penetra voluntaria y apasionadamente en las corrientes subterráneas, en el misterio original de la vida y la muerte, dejándose arrastrar por la maravilla que supone descubrir a cada paso las potencias receptoras del individuo, y la inagotable capacidad reveladora del lenguaje.

Acertar a descubrir esa fluencia interior, reflejada en la construcción metódica de sus poemas (aun cuando broten todos ellos de impulsos e intuiciones primarias; aquí reside otra de las sorpresas de la poesía aleixandrina), es siempre una tarea arriesgada, máxime después que han sido muchos, y mucho más notables que yo, los críticos que se han enfrentado al problema y han desvelado muchas de sus claves. Por todo ello, no creo útil volver a plantear este trabajo como una simple compilación de las etapas más características de la obra poética de Vicente Aleixandre, con la puntual enumeración de todos y cada uno de sus aspectos. Tal posición me llevaría a repetir lo que esos estudios han explicado sobradamente. Es preferible, me parece, rastrear esa singularidad a la que vengo refiriéndome desde el comienzo en algunos de sus poemas más significativos; poemas que demuestran sobradamente cómo la obra de Aleixandre, a pesar de estudiarse siempre fragmentada en tres etapas (que no corresponden—esto es claro por lo ya señalado—a la evolución *histórica* del escritor), consiste en una muy sólida unidad y configura un mundo íntegro, cuyos ciclos se cumplen perfectamente en estos momentos, que son—podríamos decir—los puntos de máxima intensidad en ese desarrollo unitario y perfecto. Cada uno de estos momentos, también circulares y que se acoplan perfectamente a la unidad total (insisto), tienen su libro nuclear: el primero en *La destrucción o el amor* (1935); el segundo en *En un vasto dominio* (1962), y el tercero en *Diálogos del conocimiento* (1974). Hay quienes señalan, por la influencia que tuvo entre los poetas de aquellos años, el libro *Sombra del paraíso* (1944) como la obra fundamental del primer ciclo. Yo entiendo, sin embargo, que al ser la recuperación de la memoria personal, de las visiones más directamente sentimentales del escritor (sin que por ello el libro se resienta un ápice en su indiscutible calidad), *Sombra del paraíso* se-

ñala mejor el tránsito hacia el segundo ciclo, donde la solidaridad humana, la presencia de la historia colectiva, sustituye a la abstracción cósmica por medio de la cual el poeta accedió al conocimiento del mundo. De forma muy simplista se ha aprovechado la confesión del propio Aleixandre de que la poesía es *comunicación*, para identificar esta segunda etapa como una cancelación de los excesos imaginativos del primer ciclo de su obra, y la entrega del escritor a una poesía más directamente ligada con la experiencia y la historia que, por los años en que se publica *Sombra del paraíso*, era la gran disyuntiva planteada en la literatura española, quizá de forma excesivamente emotiva; tanto, que perjudicó notablemente la evolución ulterior de esa misma literatura. La poesía de Aleixandre (y a esto me parece que se refiere el autor cuando habla de *comunicación*) yo la entiendo más como un afán de *comuni6n*, de identificación y fusión plena del hombre como elemento del universo con el universo mismo, y cómo en ese deseo de unificación totalizadora, el *otro* funciona como elemento de ese cosmos, de esa *solidaridad cósmica*, de que habla Bous6o. Y tal tendencia a la *comuni6n* se sustenta, a poco que nos fijemos, en la voluntad, insistentemente manifestada por el autor, de un perfectivo y progresivo *conocimiento* (si bien pasional, sensual incluso, antes que intelectual), que siempre se ofrece como objetivo final de su obra. Lo veremos—espero— a medida que avancemos por estas páginas.

Es más que probable que Vicente Aleixandre haya dado ya cima a la totalidad de su obra (1). Eso al menos se desprende de los libros publicados hasta el presente. Por tanto, creo que podemos hablar de todas estas cuestiones con una perspectiva completa—o con muchos visos de serlo— de su labor creadora. Para ello he elegido, como advertí, tres poemas pertenecientes a esos libros nucleares: «Unidad en ella» (de *La destrucci6n o el amor*), «Oleo. "Niño de Vallecas"» (de *En un vasto dominio*) y «Como Moisés, el viejo» (de *Poemas de la consumaci6n*). Notará el lector que este último poema no pertenece a *Diálogos del conocimiento*. Su elecci6n ha sido más bien de orden práctico: los poemas de este último libro tienen una extensi6n que supera los límites de un análisis adecuado a nuestro propósito y, por otra parte, es altamente significativo del tramo final de su obra este texto preferido.

(1) Redactado este trabajo, se publican unas declaraciones del propio escritor, con motivo de su ochenta y un cumpleaños, donde explica: «mi actividad creadora se refugia ahora en el mundo interior, en la sugesti6n. Como no puedo escribir, sueño mis poemas». (Vid. diario *Ya*. Madrid, 26 de abril de 1979.)

El título del primer poema es de sobra elocuente. No ya por lo que se refiere a sí mismo, sino por lo que nos dice en torno a la configuración temática del primer ciclo poético de Vicente Aleixandre: el amor es la fuerza capaz de unificar a las criaturas en el todo, a través precisamente de la disolución de los límites que las diversifican. Pero esta unificación es radical, impone una conversión del mundo en naturaleza «y, a su vez, la naturaleza se unificará en una pura llama de amor, que va del hombre a la realidad circundante y vuelve a nuestro corazón, convirtiendo el entero universo en un único fluido erótico, en una única sustancia de la que participamos» (2). En una palabra: la relación amorosa es una relación pasional; el amor es consumación «en lo absoluto telúrico, en virtud de esa sustancial comunión erótica con que se vincula todo el universo»; núcleo donde se resuelve la dramática dualidad vida/muerte, y donde se consume así la trasgresión de los límites, la plena libertad. Pero esta conversión en lo uno, al hacerse poema, al exigir una formalización verbal, se despliega en un proceso que será origen indudable del desarrollo posterior de los ciclos poéticos aleixandrinianos. Por eso he insistido en el carácter unitario de su obra y en su consecución en etapas concéntricas. Sigamos con atención ese proceso conforme se nos revela en estos textos.

UNIDAD EN ELLA *

*Cuerpo feliz que fluye entre mis manos,
rostro amado donde contemplo el mundo,
donde graciosos pájaros se copian fugitivos,
volando a la región donde nada se olvida.*

*Tu forma externa, diamante o rubí duro,
brillo de un sol que entre mis manos deslumbra,
cráter que me convoca con su música íntima,
con esa indescifrable llamada de tus dientes.*

*Muero porque me arrojé, porque quiero morir,
porque quiero vivir en el fuego, porque este aire de fuera
no es mío, sino el caliente aliento
que sí me acerco quema y dora mis labios desde un fondo.*

(2) Carlos Bousoño: *La poesía de Vicente Aleixandre* (véase prólogo al volumen de *Obras completas* de Vicente Aleixandre. Ed. Aguilar. Madrid, 1968).

* Cfr. Vicente Aleixandre: *Poesías completas*. Aguilar, Madrid, 1960, p. 307.

*Deja, deja que mire, teñido del amor,
enrojecido el rostro por tu purpúrea vida,
deja que mire el hondo clamor de tus entrañas
donde muero y renuncio a vivir para siempre.*

*Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo,
quiero ser tú, tu sangre, esa lava rugiente
que regando encerrada bellos miembros extremos
siente así los hermosos límites de la vida.*

*Este beso en tus labios como una lenta espina,
como un mar que voló hecho un espejo,
como el brillo de un ala,
es todavía unas manos, un repasar de tu crujiente pelo,
un crepitar de luz vengadora,
luz o espada mortal que sobre mi cuello amenaza,
pero que nunca podrá destruir la unidad de este mundo.*

En «Unidad en ella», el poeta y amante se identifican en la primera persona del poema. El «yo» no es Vicente Aleixandre (ya hemos apuntado que no nos comunica experiencia), sino que se trata de la síntesis producida por la condición del primero de ser intérprete del misterio del universo, y por la virtud del segundo de penetrar más allá de los límites y poseer, en un abrazo panerótico, aquel mismo misterio. Poeta y amante, pues, que, paralelamente, discurren en el poema, sensualmente entregado el segundo al reconocimiento del amor, tenazmente empeñado el poeta en expresar su «indescifrable llamada».

Y paralelamente también las manos sienten el fluir del *cuerpo feliz*, mientras la contemplación del *rostro amado* es la contemplación del mundo, y se dispersa por ello en las imágenes subsiguientes, que despliegan el gozo, la satisfacción optimista de la revelación poética: «pájaros graciosos» volando hacia la región del no olvido. Vicente Aleixandre muestra, precisamente, mayor interés en la acción contemplativa del yo, en el mirar del poeta frente a la rotunda afirmación sensual de la presencia del cuerpo latiendo entre las manos del amante. Una y otra vivencia son ya la confirmación del mundo, de la totalidad y de ahí la satisfacción liberadora que se contagia a los pájaros. Las dos acciones paralelas (el fluir y el contemplar) son acciones presentes, instantáneas (el tiempo de la revelación), pero son igualmente indicadoras de una continuidad, transmitida luego al *copiarse* de los pájaros y al *volando*, gerundio determinante de la simultaneidad, sucederse continuo de la explosión de vitalidad.